



ALEMÁN, Mateo: *Guzmán de Alfarache* (Edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco). Madrid, Real Academia Española, 2012, 1.679 págs. ISBN: 978-84-672-5391-7 y 978-84-15472-69-8.

**Ernesto Lucero Sánchez**  
**Universidad Autónoma de Madrid**

Quizá el mejor abordaje de este libro “esquivo”, como lo llama Luis Gómez Canseco, sea precisamente el texto. Y no cabe duda de que para acercarse al texto, el punto de partida a día de hoy debe ser la edición de este erudito. Si el objetivo, según su declarada intención, era ofrecer una lectura accesible a un lector actual, que además pudiera contentar las exigencias de “especialistas y estudiosos de la cosa” (p. 920), nos parece que ha colmado sobradamente cualquier expectativa.

Y es que, en verdad, el *Guzmán* es signo de su hora; tanto, que no ha soportado el paso del tiempo o no tan bien como el *Lazarillo* o, incluso, la *Celestina*, obras en cuyos personajes se inspiró Alemán en el trance de escribir la vida de un desharrapado, de modo que se ha convertido en una lectura árida, muy distante del gusto actual quizá por lo mismo que agradara en el momento de su publicación, esa constante moralización que detiene la peripecia y se remansa en multitud de lugares comunes, advertencias y admoniciones, cuentos, facecias y chascarrillos al tiempo que se nos iba haciendo difícil por su lenguaje, sutil combinación de todos los registros posibles una vez quebrada la rota virgiliana por ese pícaro capaz de adoptar el estilo del palacio, el tono del sermón o bien de hablar en germanía, a más de portador, desde luego, de una visión de mundo y de unos referentes muy dispares de los nuestros. Se trata de un libro barroco en toda la extensión de la palabra, que por eso mismo se encuentra en la encrucijada de sostener la unidad en la variedad, de conjugar las consejas y los consejos, de dotar de verosimilitud a un imposible, cruce de caminos que lleva al autor a definir su atalaya como “poética historia”, lo cual, por otra parte, deja “una buena sarta de ambigüedades que da pie a glosas y comentarios no ya diversos, sino contradictorios” (p. 849), que pueblan las muchas páginas que la crítica ha destinado al libro. Por todos esos lugares y opiniones transita el estudio de Gómez Canseco —a quien se debe agradecer

también la toma de postura—, desde la inserción de la obra en un género, pasando por los aspectos estructurales que le dan sentido, en particular, la interlocución como fundamento constructivo y la incrustación de novelas cortas, así como los muy conocidos debates acerca de su finalidad religiosa o meramente didáctica, de la eventual trascendencia del carácter converso de Alemán, de la sinceridad o no de la conversión del personaje o sobre la posibilidad de una tercera parte para la que el autor pidió licencia al tiempo que de la segunda (según consta en el Archivo Histórico Nacional, Consejos, Libro 642). Todos son foros abiertos, consustanciales a la inquietante ambigüedad global de la novela, máxime si tenemos en cuenta que la obra ha de ser interpretada como fruto de las necesidades comerciales del momento, así como de sus peculiares circunstancias compositivas, que explica en detalle Gómez Canseco, entre las que no son cuestión sin importancia las imperfecciones derivadas del transcurso de varios años en su composición, el hecho de haber tenido que sortear la aparición de la segunda parte de Mateo Luján o que Alemán tuviese “un pie en la tabla para subir al galeón de Indias” desde mucho antes de concluir las correcciones de la segunda parte.

No es un asunto menor el éxito que obtuvo en su época, su consideración inmediata como clásico de nuestras letras, que condujo al raro honor de su traducción al latín, además de al más común de la traducción a otras lenguas vivas. No lo es tampoco que la retórica y la temática de este libro de entretenimiento con mensaje serio (según el marbete de Nina Cox Davis) fueran piedra de toque para la creación del *Quijote*. Pero pronto Lesage suprimió las digresiones al verter la obra al francés y nos consta que Moratín lo estuvo pensando porque conservamos un ejemplar anotado con ese fin en la Biblioteca Nacional. Lo mismo, decíamos, que lo hizo triunfar (la erudición clásica, moral y literaria, el prototipo de personaje cerrado y el esquema autobiográfico) lo fosilizó y da razón de su fracaso histórico. Sin embargo, para Luis Gómez Canseco—y para nosotros— es aun “un libro actual y poderoso, rebotante de vida, soberbio en su escritura y con mucho que decir sobre el ser humano y sobre el mundo, sobre nosotros mismos”, que aguarda cada día un nuevo lector (p. 873). El lector actual de esta joya de nuestra literatura merece y requiere la guía de un estudioso de primer nivel, que nos proporcione un texto fiable y, además, sea capaz de anotar con explicaciones atinadas un texto complejo por usar de las fuentes más diversas, que recalca asimismo no poco en misceláneas, silvas y polianteadas. El propio *Guzmán* raya en la miscelánea, si se nos permite. Las notas a pie de esta edición esclarecen la lectura, pero no la estorban, mientras que las notas complementarias, situadas al final del texto, abundan en la cuestión concreta a que se refieren a veces sugiriendo otras citas para esa palabra o expresión, otras aportando estudios críticos sobre la cuestión, pero siempre ampliando las posibilidades interpretativas del texto. El índice de voces anotadas que se obtiene como resultado, con su correspondiente remisión al texto, constituye un auténtico tesoro de erudición y puede ser considerado un pequeño compendio del saber de la época, de imprescindible consulta de hoy en adelante. No son pocas entre ellas las anotaciones sobre los clásicos o la Biblia. De estas últimas se ofrece un elenco completo, como también se podrá consultar un listado de refranes; la edición ofrece como complemento la posibilidad de pasear por las ediciones ilustradas del libro y por un mapa confeccionado a partir de los viajes de nuestro personaje (con unas líneas sobre algunos topónimos destacados). Para finalizar, no

es despreciable el sumario por capítulos de la obra, que suponemos de mucho uso futuro, como la cronología biográfica de Alemán que aparece en primer lugar tras el aparato crítico. El volumen se cierra con una bibliografía muy extensa de autores y obras citadas en el estudio y en las numerosas notas. Aun sin ánimo exhaustivo, en ella están todos los que son y supone un buen punto de partida para la investigación sobre cualquier aspecto de la obra.

El estudio de Gómez Canseco, del que venimos hablando, arranca con un repaso de la vida de Alemán, de sus orígenes familiares a su paso al nuevo mundo ya en el friso de los más que respetables sesenta años. No nos detendremos a valorar su formación, las peripecias de un matrimonio que no fue buen negocio, su permanente estado deudor o sus oficios en el seno de la administración real que, ya sea por rectitud, como pretende Luis de Valdés en el “Elogio” de la segunda parte, dieron con él en la pobreza y en más de una ocasión con sus huesos en la cárcel. Nos interesa, sin embargo, un rasgo personal que va a contribuir a dificultar en algún sentido, pero sobre todo a perfeccionar la edición del texto de *Guzmán de Alfarache* (y de otras obras del autor), llevados del respeto a su voluntad. Nos referimos al celo con que pretendió que salieran a la luz sus palabras, una muestra más de la obsesiva necesidad de control de Alemán sobre su obra, que se observa también en las apelaciones al lector y a la forma en que debe leerse el libro, y que se traduce a pie de imprenta en el extremo esmero que puso en sucesivas correcciones, como demuestran las muy prolijas fe de erratas, necesidad que le llevó a bregar con su obra durante siete años, hasta la edición de Craesbeck. El mismo afán se puede detectar en el cuidadoso aparato crítico que presenta la edición de Gómez Canseco —que forma una unidad indisoluble con el propio texto y con las notas—, puesto que registra las variantes halladas en el cotejo de “cuarenta y dos impresiones distintas de la primera parte y otras treinta y dos de la segunda” (p. 931), además de la colación sistemática pero no exhaustiva de buen número de las ediciones de los siglos XVI a XXI. De ahí que, con no ser poco lo que se ofrece al margen, el verdadero mérito de este libro consista en la fijación del texto, culminación de un trabajo descomunal de colación y recensión, en la anotación precisa a pie de página y en la más amplia de las notas complementarias y, por supuesto, en el riguroso aparato crítico que acompaña y dialoga con la lección elegida. Como el de cualquier restaurador —dice Gómez Canseco— “el del filólogo es un trabajo acedo, exasperantemente lento, exigente y minucioso, pero estupendo e imprescindible, si se pretende conservar el legado literario de una lengua y hacerlo accesible a nuevos lectores. Con demasiada frecuencia se nos olvida que la literatura es una parte esencial del patrimonio de una cultura, en la misma medida que lo son la arquitectura, la escultura o la pintura” (p. 920). Por si fuera poco, es la primera vez que se ha realizado el análisis metódico de las ediciones posteriores, incluidas las modernas, siempre bien evaluadas. Tan abrumadora —e ingrata— tarea se traduce, sin embargo, en que “solo en muy contadas ocasiones hemos propuesto nuevas lecturas que aspiran a resolver problemas textuales no resueltos por otros editores de la obra” (p. 922), pero es un trabajo que debe realizarse y es un índice de honestidad reconocerse deudor de quienes se ocuparon del tema con anterioridad, desde la explícita obligación contraída con la edición de Rico hasta la canónica de Micó.

No podemos detenernos en el interesantísimo relato de la historia del texto que cierra el estudio de Gómez Canseco. Solo dejaremos unas breves palabras para cerrar estas líneas: El texto crítico procede, para la primera parte, de las cuatro ediciones revisadas por Mateo Alemán, es decir, las de Várez de Castro (1599) [A], herederos de Juan Íñiguez de Lequerica (1600) [B], Juan Martínez (1601) [C] y Juan de León (1602) [D], impresas las tres primeras en Madrid y la cuarta en Sevilla. Por lo que respecta a la segunda parte, se han empleado las tres ediciones a las que asistió el autor, todas lisboetas, de Pedro Crasbeeck (1604) [A], Antonio Álvarez (1605) [B] y de nuevo Crasbeeck (1605) [C]<sup>1</sup>.

De la primera edición de Várez de Castro se conservan dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid [A1] y otro en la British Library [A2], de cuyo cotejo deduce Luis Gómez Canseco la existencia de, al menos, dos emisiones (p. 878), en una concepción del término ecdótico tan amplia que induce a confusión. En efecto, hay variantes entre esos dos testimonios; de hecho, al figurar en la fe de erratas algunos errores corregidos en ambos ejemplares, podemos deducir que deben de haber existido ejemplares que los contuvieran. Pero no creemos que por el hecho de que A2 corrija algunos errores de A1 o por la confirmación de que haya otros casos corregidos en ambos se pueda “establecer dos familias en la transmisión textual de A”. Parece que se trata de correcciones en prensa que determinan la existencia de estados, no de emisiones. Las emisiones son un proyecto global, voluntario, que afecta a un conjunto de ejemplares de la misma edición que proyectan un mismo texto<sup>2</sup>. La concepción lata de ese vocablo lleva a Gómez Canseco, por otra parte, a interpretar que *N* y *Ñ* son dos ediciones diferentes, cuando se trata de dos emisiones de la misma edición, eso sí, con 35 años de diferencia. En efecto, Jean Mommaert sacó al mercado en 1639 los ejemplares sobrantes de la edición de 1604, tirando tan solo los preliminares, con una nueva portada (p. 907). Este es el motivo principal por el que no consigue filiar esta o aquella edición —por ejemplo, la primera de Cormellas— con las familias textuales *A1* y *A2*<sup>3</sup>. Este, y que debemos desterrar la consideración como unidad del ejemplar y sustituirlo definitivamente por la cara de pliego en el ámbito de la bibliografía textual o material. Ya Jaime Moll en sus “Correcciones en prensa”<sup>4</sup> advertía en 1982 que “todas las páginas corregidas de una misma forma constituyen una unidad y como tal deben ser consideradas” (p. 160). Y añadía a continuación: “se podrá dar el caso de un ejemplar con todas las faltas corregidas o todas las faltas sin corregir, pero es más probable la existencia de ejemplares con un número

<sup>1</sup> Las letras entre corchetes remiten siempre a la denominación abreviada que da Gómez Canseco a cada edición.

<sup>2</sup> Puede verse sobre estos conceptos: M. J. Pedraza, Y. Clemente y F. de los Reyes, *El libro antiguo*, pp. 251 y 254, Síntesis, 2003.

<sup>3</sup> O esa otra edición con los cuñados de Várez de Castro y los herederos de Juan Íñiguez de Lequerica [B] en que, pasado el año, toma de nuevo las riendas de su obra Mateo Alemán, que ha revisado el texto; los preliminares son muy distintos y las páginas finales también. Gómez Canseco se prodiga en los detalles, pero afirma: “La impresión [edición] se hizo a partir de un ejemplar que contenía elementos de *A1* y *A2*” (p. 882). O la edición fraudulenta del propio Várez de Castro en doceavo en 1600 [H], probablemente italiana, “que parece partir de una emisión de *A* distinta a las que hemos cotejado” (p. 880). Asimismo, la corrección de erratas de numeración no puede dar lugar a emisiones, a nuestro parecer (v. nota en p. 881).

<sup>4</sup> Jaime Moll, “Correcciones en prensa y crítica textual: a propósito de *Fuente Ovejuna*”, *Boletín de la Real Academia Española*, LXII (1982), pp. 159-171.

aleatorio de páginas impresas con formas corregidas o con formas sin corregir” (p. 161). Y ese es el fondo del asunto: no hay dos familias textuales, sino un sinfín de posibilidades caóticas de las que el azar y el tiempo han rescatado dos. Pese a todo, esto no quiere decir que resulte inútil el empleo de técnicas materiales en la edición crítica de nuestros clásicos<sup>5</sup> ni que resulte innecesario el cotejo exhaustivo de todos los ejemplares disponibles de las ediciones clave, tal y como mandan los postulados de esta disciplina ecdótica.

Por otra parte, aunque son numerosas las ediciones fraudulentas y muy exitosas algunas, la base para la edición del *Guzmán* en este volumen serán aquellas en que se ha demostrado la participación activa de Mateo Alemán, ese corrector sin tasa. El texto más autorizado de la primera parte es la impresión de Juan de León (Sevilla, 1602) [D], pues es la última revisada por Alemán. Fue Rico quien, con buen tino, la utilizó antes que nadie como punto de partida. La primera parte, pues, se toma de *D* y se corrige con *A* (*A1* y *A2*), *B* y *C*. La tercera [*C*], a diferencia de las otras, se hizo en octavo. Mc Grady y Micó explicaron la intervención de Alemán, sofocado por sus deudas en el año de 1601, chanchullo a espaldas de Várez de Castro y de los herederos de Juan Íñiguez de Lequerica, aunque su deuda con Miguel López lo llevaría igualmente a la cárcel al año siguiente. Se trata de una edición importante pues presenta algunas lecciones imprescindibles para editar correctamente el texto, que no se incorporaron a *D* en 1602, pero que resuelven ciertos problemas. Parece ser que para realizar la edición sevillana de 1602, no se llevó *C*, sino *B*, pero corregido a mano (pues no realiza todas las correcciones finales de 1601).

Casi inmediatamente sale la segunda parte apócrifa. Esta circunstancia une la primera verdadera con la segunda falsa y motivó que se estamparan conjuntamente ambos libros desde Ángelo Tavano, siguiendo con el ineludible Cormellas y algunos otros. Alemán quiere recuperar su pícaro y asegura que la de Mateo Luján le obliga a la reescritura, aunque es discutible que así fuera. Lo que sí sabemos es que se encuentra a caballo entre España y Portugal, por lo que encomienda su edición a P. Craesbeeck [*A*]. Mey y Cormellas se lanzan casi de inmediato, cómo no, a editarla. Tenía más prisa Alemán por sacar edición y aprovechar el privilegio, que por pulir sus fallas, de donde surgió la edición Antonio Álvarez en 1605 [*B*]; y no es fácil distinguir la voluntad del autor entre *B* y *C*, del mismo año, pues esta última parte de *A*, como *B*, y en muchos casos no pasaron a ella las variantes introducidas en *B*. Con todo, por lo que concierne a la segunda parte, Gómez Canseco toma como fundamento la edición de Pedro Craesbeeck, de 1605 [*C*], en octavo, que puede considerarse la última redacción revisada por nuestro obsesivo autor (como se prueba en la p. 898 y ss.), y se convierte por eso mismo en la “primera edición de la segunda parte que tiene en cuenta la trayectoria

<sup>5</sup> David Mañero, por ejemplo, en una reciente edición sin pretensiones de edición crítica del *Guzmán*, pone un ejemplo excelente en la p. 8 de su introducción, donde discute que en ciertos lugares críticos en los que no se puede deducir que exista un error de cajista pero tampoco preferencia o intervención del autor o cualquier otro criterio determinante, las planas pertenecientes a la misma cara de pliego deben seguir la misma suerte, el mismo sentido editor, adoptándose de manera conjunta todas las variantes del mismo estado. David Mañero, ed. de Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, en Pedro M. Piñero y Katharina Niemeyer (dirs.), *La obra completa*, Iberoamericana – Vervuert, Sevilla, 2014.

## RESEÑAS

inicial de la obra y la sucesión de ediciones ya firmemente identificadas como autorizadas por Alemán” (p. 922). La ausencia del retrato de Mateo Alemán, que siempre ha sido un índice de la intervención del autor, se explica en este caso por el tamaño del formato elegido, en el que no encajaba la imagen del autor, pensada para cuarto.

Después de todo lo dicho, teniendo en consideración que cuenta con aciertos indiscutibles, como la elección del texto base de la segunda parte, recién comentada, solo nos queda subrayar que estamos convencidos de que la edición de Luis Gómez Canseco ha venido para quedarse. Está, sin duda, llamada a constituir el referente indispensable en los estudios de la obra de Mateo Alemán por mucho tiempo, y edición canónica de *Guzmán de Alfarache*.